

La sensibilidad como horizonte en la contabilidad: una aproximación reflexiva desde la racionalidad y el capitalismo.

Adriana Lucía Amaya López

aamayal@unal.edu.co

Universidad Nacional de Colombia

“Sólo tenemos el mundo que creamos con el otro, y sólo el amor nos permite crear un mundo en común con él”

Maturana y Varela

La sensibilidad como horizonte en la contabilidad: una aproximación reflexiva desde la racionalidad y el capitalismo.

Resumen: El ensayo invita a cuestionar la pérdida de sensibilidad frente a una crisis civilizatoria, evidenciando cómo la racionalidad moderna y la lógica capitalista han fragmentado la relación del ser humano con la naturaleza y consigo mismo. La profesión contable, al priorizar la eficiencia, la rentabilidad y la objetividad técnica, reproduce esta desconexión, limitando la dimensión ética y sensible de quienes la ejercen. Frente a ello, se plantea la necesidad de recuperar la sensibilidad como forma legítima de conocimiento, integrando el sentir y el pensar en una práctica sentipensante que reconozca la interconexión con otros seres y el entorno. Este enfoque promueve la empatía, el cuidado y la cooperación, revalorizando la dimensión humana y ética de la contabilidad. Recuperar la capacidad de percibir y ser afectado resiste la deshumanización, transforma la educación contable, dignifica la vida, y abre caminos hacia un mundo más armonioso, ético y conectado con lo vivo.

Palabras clave: Contabilidad, sensibilidad, racionalidad, capitalismo, sentipensante.

1. Introducción.

El miedo y la indiferencia frente a lo que ocurre en el mundo parecen anestesiar nuestra capacidad de sentir (Bauman & Donskis, 2015). Las noticias de guerras, desastres ambientales o injusticias sociales se consumen como parte del paisaje cotidiano, sin provocar la reacción profunda que merecen. En el planeta que habitamos los recursos naturales se agotan con rapidez, los ecosistemas se deterioran y la biodiversidad disminuye a un ritmo alarmante; hogar no solo de los seres humanos, sino de innumerables formas de vida que hacen posible la existencia en común. Sin embargo, la racionalidad que se atribuye al ser humano parece contradecirse en sus actos: bajo la idea de modernidad, progreso y desarrollo¹ hemos contribuido a un cambio climático que ya se vislumbra como irreversible.

Una multiplicidad de crisis, de una magnitud sin precedentes, configura hoy lo que diversos autores denominan una crisis civilizatoria², en la que está en riesgo la humanidad

¹ La tríada modernidad, desarrollo y progreso han operado históricamente de manera complementaria como un marco que legitima las transformaciones económicas y sociales. Para Cruz Kronfly (s.f.), la modernización se entiende como la adecuación técnica e infraestructura frente a los cambios tecnológicos y las exigencias de productividad; el desarrollo, como la medición de los resultados de esa modernización en indicadores económicos y sociales; y el progreso, como la narrativa que representa a la humanidad en un supuesto viaje lineal, acumulativo y ascendente hacia lo mejor.

² Feo Istúriz et al. (2020) sostienen que la crisis civilizatoria constituye un punto de inflexión histórico que obliga a la humanidad a reflexionar y repensar los patrones de desarrollo y de consumo que sostienen la modernidad, pues estos, lejos de garantizar bienestar, amenazan la vida misma. En esa misma medida,

misma. Desde la Comisión Brundtland, con la formulación del concepto de desarrollo sostenible, se advirtió sobre la urgencia de salvaguardar los recursos para las generaciones futuras. Desde entonces, múltiples esfuerzos han intentado redirigir el rumbo de la humanidad; aun así, la realidad muestra que persiste un camino sin transformaciones profundas: el mundo continúa atrapado en la lógica de la rentabilidad, la eficiencia, la inmediatez y un crecimiento económico desbordado, a costa de la naturaleza limitada y de nuestra propia condición humana, cada vez más individualista, deshumanizada y desprovista de esperanza de un futuro distinto.

En esta sociedad saturada de ruido, la mercantilización de la naturaleza parece haberse convertido en el motor de la vida cotidiana. La belleza que encierra el acto de cultivar, la fuerza silenciosa de la naturaleza, el fluir del agua o incluso el simple hecho de respirar— así como la indiferencia ante el dolor que causa su destrucción— son señales claras de que algo ha anulado nuestra sensibilidad. Ante este panorama, se vuelve urgente recuperar lo más esencial: sentir para vivir.

Dado lo anterior, escribir desde mi experiencia como estudiante de contaduría pública adquiere un sentido especial. Quienes estamos próximos a graduarnos no podemos olvidar que somos actores sociales, llamados a incidir en una profesión que, si bien debería velar por la consecución del bien común, ha estado históricamente vinculada a la racionalidad instrumental del capitalismo (Gómez-Villegas, 2006). En esa misma línea, la educación contable se ha configurado bajo una corriente funcionalista que sostiene el sistema económico imperante y su ideal de crecimiento infinito, lo que ha moldeado identidades y responsabilidades en el quehacer del contador, al tiempo que influye en las estructuras sociales. Por ello, resulta fundamental emprender una reflexión sentipensante, que acoja la sensibilidad no como fragilidad o debilidad, sino como horizonte ético y humano necesaria en nuestra práctica profesional.

Este ensayo propone, además, pensar la sensibilidad como motor de transformación y camino para sanar el distanciamiento entre el ser humano y la naturaleza. En la contabilidad, esta tarea es crucial, dado que construye representaciones e imágenes (Larrinaga & Carrasco, 1996) que influyen en la manera en que la sociedad concibe y organiza sus relaciones económicas, sociales y ambientales.

El texto se organiza en cuatro momentos interrelacionados. En primer lugar, se examina la racionalización como factor central en el distanciamiento del ser humano respecto de la naturaleza, en tanto se impone por encima de otras formas de conocimiento y de expresión. En segundo lugar, se desarrolla el concepto de sensibilidad y sentir como dimensiones innatas de la condición humana, fundamentales para una comprensión más amplia de la vida. En tercer lugar, se reflexiona sobre la manera en que dicha sensibilidad se ve relegada en el contexto capitalista, particularmente en el ejercicio de la profesión contable, donde prevalece una lógica funcional e instrumental. Finalmente, se plantea, a modo de cierre, un llamado a despertar y reconectar con la vida, como oportunidad para resignificar el papel del contador y la formación ciudadana en la sociedad actual.

Lander (2019) profundiza en que se trata de una crisis multiforme y multidimensional, donde las distintas crisis (ecológica, social, política, económica y cultural) se retroalimentan y refuerzan entre sí, lo que hace visible el agotamiento del patrón civilizatorio de la modernidad colonial.

2. La racionalización y desconexión humana.

Desde el siglo XVII, la concepción del mundo experimentó una transformación profunda: se pasó de una visión orgánica e integrada de la realidad a una perspectiva mecanicista, en la que el universo empezó a entenderse como una gran máquina (Capra, 1992). En este contexto, René Descartes, con su método cartesiano, estableció una separación tajante entre mente y cuerpo, como si fueran entidades independientes priorizando lo intelectual sobre lo material (Capra, 1992; Escobar, 2014). Esta dualidad ignoró que el cuerpo, esa parte esencialmente natural del ser humano, es el medio a través del cual sentimos, nos conectamos, nos relacionamos y también pensamos. Mente y cuerpo están intrínsecamente unidos en la experiencia de ser y en la forma de representar el mundo.

En aquella época se consolidó la idea de que la verdad debía hallarse exclusivamente en la ciencia, en una razón objetiva y verificable, sustentada en la existencia de una única realidad. Esta visión redujo el conocimiento a un solo marco de comprensión, negando los principios de la naturaleza y desconociendo la posibilidad de la existencia de un pluriverso: muchos mundos posibles, múltiples formas de vida y de ser en el mundo donde se interrelaciona lo humano y no humano (Escobar, 2014). Esta mirada empieza a abrir espacios de re-existencia y una ontología relacional, aquella que, como señala Escobar (2014), “caracterizan los mundos de muchos pueblos con apego al lugar y al territorio” (p.21). De tal modo que la perspectiva reduccionista olvidó que el conocimiento científico no solo debe explicar fenómenos, sino también ayudar a comprender el sentido de lo que existe en el espacio-tiempo y su importancia, para habitar en armonía desde ese entendimiento en la multiplicidad de mundos.

Este paradigma ha llevado a pensar que el ser humano es un ente supremo, conquistador de todo lo que le rodea, lo cual ha implicado ver a la naturaleza como un recurso a su disposición. Así, el conocimiento se ha ido reduciendo a lo cuantificable, dejando de lado la complejidad y el carácter sistémico de los procesos vitales. A la par, ha surgido una tendencia a excluir la subjetividad humana del ámbito científico, intentando desterrar esa naturaleza humana inherente como el sentido de la vista, el oído, el sabor, el color, el sonido, el tacto, junto con ello, también se ha marginado la conciencia, los sentimientos, el alma y el espíritu, tal como lo señala el psiquiatra R.D. Laing (citado en Capra, 1992).

En este proceso, se ha negado lo esencialmente humano y se ha perdido la conexión con nuestra propia naturaleza. Se empieza a hablar de una separación entre el ser humano y la naturaleza, como si esta fuera un objeto externo por descubrir y conquistar, una entidad oscura y misteriosa que solo puede ser comprendida a través de las matemáticas y el pensamiento lógico. Así, el racionalismo se ha convertido en el rasgo distintivo del pensamiento moderno del ser humano; una única forma de verdad se impone, mientras las demás miradas, aquellas que también intentan comprender el mundo desde otras sensibilidades quedan relegadas, lo que evidencia la exclusión de perspectivas alternativas (Escobar, 2007; 2014).

Así, comienza a desdibujarse el reconocimiento del otro y de las diversas formas de conocer el mundo, dando lugar a una noción de sociedad centrada en el individuo, y no en lo común, en el nosotros. Aunque la racionalización se ha consolidado como forma dominante de conocimiento, fragmentando y distanciando al ser humano de la naturaleza,

resulta necesario volver la mirada hacia aquello que constituye la raíz de lo humano: la sensibilidad.

3. Sentir y sensibilidad como parte natural del ser humano.

En este marco, es importante distinguir entre sentir y sensibilidad: el sentir alude a la experiencia inmediata de los sentidos —ver, oír, tocar, entre otros—, mientras que la sensibilidad implica reconocer lo sensible como una dimensión constitutiva del ser (Noguera et al., 2020). Esta capacidad nos permite percibir y ser afectados por el mundo, constituyéndose no como una reacción momentánea, sino como una forma de conocimiento y una manera de habitar en el mundo. La sensibilidad atraviesa lo sensorial y abre paso a una experiencia profunda de interpretación y conexión con nuestra propia naturaleza. Lejos de ser un accesorio del ser humano, se convierte en una condición de posibilidad para comprender más ampliamente la realidad percibida por cada individuo.

El ser humano es, por naturaleza, un ser sensible, pero la modernidad ha tendido a ignorar esta condición. Al privilegiar la razón sobre la sensibilidad, se instauró una jerarquía que fragmentó dos formas complementarias de ser y estar en el mundo, convirtiéndolas en una más importante que la otra. Esto ha desarticulado la posibilidad de una comprensión integral del mundo, al reducirla a una única realidad hegemónica, por lo tanto, la sensibilidad, entendida como forma legítima de conocimiento, ha sido marginada y confinada al ámbito de las pasiones y emociones, reducida casi exclusivamente al arte, con lo cual pierde su autonomía epistémica (Noguera et al., 2020).

Sin embargo, como plantea Fals Borda a través del concepto de seres *sentipensantes*, el conocimiento no es neutral ni puramente racional: surge desde lo sensible, lo vivido y los vínculos. Sentipensar con el territorio implica pensar con el corazón y con la mente (Escobar, 2014; Villa Holguín, 2019), integrando la empatía, el respeto, la memoria y el sentido colectivo como dimensiones inseparables del acto de conocer, en contraposición a la visión fragmentada, individualista y racionalista del pensamiento occidental, proponiendo una comprensión más situada, relacional y sensible del mundo.

Para que la sensibilidad humana emerja y sea comprendida, es necesario replantear radicalmente la manera en que concebimos el *conocer*. Esto significa superar el modelo tradicional de la epistemología moderna, que redujo el conocimiento a una relación lógica y abstracta entre un sujeto que observa y un objeto que es observado (Noguera et al., 2020; Capra, 1992). Bajo esta mirada, los sueños, la imaginación, la sensibilidad, el sentir del cuerpo y, en general, todas las formas existentes y existenciales (Noguera et al., 2020) se excluyen como otras formas de construcción de verdad, lo cual conduce a la deshumanización del ser que habita el planeta.

Desde una perspectiva más viva y compleja, conocer no es un acto puramente racional ni un proceso mecánico de representar una realidad única. En este panorama, Maturana y Varela (2003) señalan que el *conocer* implica acción y experiencia profundamente emocional y relacional, donde el conocimiento del mundo emerge del contacto. Conocerse primero, para estos autores, conlleva reconocerse como un ser vivo, sensible, amoroso y profundamente vinculado a otros. Así, todo acto de conocer se convierte también en un acto de convivencia, transformación mutua y cuidado, donde el sujeto que

conoce no permanece intacto, sino que se modifica a sí mismo a la vez que transforma aquello con lo que entra en relación.

En coherencia con esta visión, sostienen que la vida social es una expresión de nuestra evolución como seres relacionales. El ser humano no busca vincularse solo por necesidad de supervivencia, sino porque la convivencia, el apoyo mutuo, la solidaridad y la cooperación forman parte estructural de su condición. Esta sensibilidad hacia el otro no es una construcción externa, sino inherente que, tristemente en la vida cotidiana, aflora especialmente en los momentos de crisis. Como afirma Ospina (2018), es precisamente en las dificultades y tragedias cuando emerge la solidaridad latente, porque es justamente en la revelación de nuestra fragilidad cuando entendemos cuánto dependemos de los otros y, al mismo tiempo, emerge nuestra capacidad de dar. De ahí la urgencia de promover una transformación consciente que implique volver la mirada hacia uno mismo, reconocer los impulsos destructivos y liberarse de ellos para activar ese potencial humano de cuidado y vínculo (Maturana y Varela, 2003) hacia cualquier ser humano y no humano.

En esta misma línea, emergen autoras y autores que invitan a revalorar el papel del sentir y ser sensible. Una de ellas es Ana Patricia Noguera, quien acuñó el término *métodoestesis* para describir los caminos del sentir de los saberes de la Tierra (Noguera et al., 2020). Esta propuesta se desarrolla a partir de dos trayectorias epistémicas. La primera, inspirada en Augusto Ángel Maya, uno de los principales pensadores ambientales de América Latina, propone que la relación entre ecosistema y cultura es el eje del pensamiento ambiental. Según él, lo ambiental no puede entenderse únicamente desde lo natural o lo ecológico, sino que está profundamente atravesado e interrelacionado por lo cultural, lo simbólico y lo humano (Ángel-Maya, 2013).

La segunda trayectoria, desarrollada por la misma Noguera, se refiere al camino cuerpo Tierra, una geo-episteme que ella define como “el contacto de todos los contactos” (Noguera et al., 2020, p. 48). Esta propuesta invita a habitar la Tierra desde la intertactalidad, es decir, desde una forma de estar en el mundo con todos los sentidos activados, abiertos a la belleza, al dolor, a la vulnerabilidad y a la resonancia con lo viviente. No se trata de conocer la Tierra como un objeto externo, sino de restablecer una relación sentida, encarnada y recíproca con ella. Este enfoque recupera la comprensión de la Tierra no como recurso, sino como cuerpo vivo con el que co-existimos, y de igual manera con el cuerpo que habitamos, desde el cual es posible construir una ética del cuidado, la afectividad y la corresponsabilidad.

Ahora bien, reconocer la sensibilidad como dimensión esencial del ser humano no es suficiente; se hace necesario examinar cómo el contexto capitalista la invisibiliza, la margina y, en muchos casos, la adormece.

4. La profesión contable en el capitalismo: una práctica que adormece lo humano.

Estamos en una época en la que la sensibilidad ha sido debilitada de manera sistemática. El sistema capitalista ha moldeado a las personas para que se ajusten a su lógica: competitivos, individualistas y autoexplotados, convencidos de que disfrutan de libertad y autonomía, cuando en realidad están atrapados en un ciclo de rendimiento y producción (Ardila-Cuiza, 2019). En este contexto, la contabilidad no se queda al margen; se

convierte en una de las piezas fundamentales de la racionalidad instrumental del sistema (Gómez-Villegas, 2006). La presenta bajo una apariencia de objetividad técnica por medio del cálculo de la utilidad y la rentabilidad, lo que le permite controlar, transformar y dirigir la vida de los demás.

Este asunto se profundiza con la aproximación de Mattessich (1964, citado por Gómez-Villegas, 2009), quien advierte que la contabilidad opera como una herramienta técnica y aparentemente objetividad para representar la realidad económica, aunque en realidad se encuentra atravesada por disputas de intereses orientados al lucro. En el trasfondo, la supuesta objetividad/neutralidad esconde un poder más profundo; establece un sentido que institucionaliza una forma de racionalidad que separa al ser humano, los otros y la naturaleza, presentando esa ruptura como algo “natural”.

De este modo, lo contable no solo organiza los flujos financieros, sino que también participa en la reproducción de una visión de mundo fragmentada, donde el juicio ético y lo sensible quedan relegados. En esta medida, como señala McPhail (1999) advierte que la educación contable puede fomentar un punto de vista excesivamente racionalista sobre la ética, formando profesionales “peligrosamente racionales”, que piensan su quehacer y sus vínculos con los demás desde un enfoque abstracto y lógico, en lugar de conectarse con la experiencia viva de la empatía colectiva. Surge entonces la pregunta: ¿qué sucede con la capacidad de imaginar, conmoverse y crear cuando la profesión contable se reduce a procesos interpretados de manera intelectual, procedimental y calculativa, incrementando así la distancia ética y moral frente a los otros?

La contabilidad, en esta medida, corre el riesgo de moldear contadores y estudiantes en formación “presto a desdibujar su esfera humana a costa de legitimar las prácticas instrumentales y racionales que evitan el contacto con la sensibilidad humana para servir a los fines rentísticos y utilitarios del sistema” (Illouz, 2007, como se cita en Rodríguez, 2017, p. 11). Esta dinámica genera consecuencias profundas al promover sujetos adormecidos e incapaces de resistir la lógica que los configura. De ahí la urgencia de que la formación contable y el ejercicio profesional recuperen su dimensión ética y humana, dignificando la vida y promoviendo una educación que priorice la formación del ser humano (Pulido & Zambrano, 2022; Rojas-Rojas, et al., 2021).

En esa misma perspectiva, Ardila-Cuiza (2019) añade que se consolida un sujeto atrapado en la lógica del rendimiento, incapaz de establecer relaciones libres de finalidad económica. Así, casi toda interacción humana se traduce en competencia, mientras la soledad, el agotamiento y vacío existencial se convierten en paisajes cotidianos. Bauman y Donskis (2015) lo expresan con claridad: vivimos en una época aparentemente tranquila, pero dominada por la inseguridad y la ceguera moral, donde no es extraño, entonces, que el mercado capitalice incluso el miedo, lo transforme en mercancía y lo convierta en motor de consumo.

Esta lógica de racionalidad instrumental no solo afecta a la naturaleza humana sino también erosiona los vínculos con el resto de la naturaleza. La devastación de ecosistemas, la pérdida de biodiversidad y la contaminación de suelos y aguas no son únicamente problemas ambientales, sino que vienen de fracturas de nuestra propia

humanidad. Al desconectarnos de la capacidad de sentir, aceptamos la destrucción sin resistencia, debilitando la espontaneidad, la curiosidad y la creatividad, e incluso la posibilidad de cuestionar y replantear el escenario en el que se desenvuelve el oficio contable. En este sentido, la profesión puede contribuir a moldear sujetos dóciles, habituados a la indiferencia, la individualidad y la hiperracionalización en sus quehaceres diarios.

La historia muestra momentos en que el contador público se ha visto inmerso en dilemas éticos, lo que nos invita a cuestionarnos: ¿qué tipo de profesionales nos estamos formando?, ¿contadores que perpetúen una lógica que apaga la sensibilidad o seres conscientes capaces de reconectar con la vida? Como señala Ardila-Cuiza (2019), no solo somos víctimas y verdugos de nosotros mismos, sino también agentes que pueden contagiar “el miedo, el individualismo y el cansancio” (p. 197). Esta situación se vuelve aún más preocupante cuando se concibe al contador como garante de la fe pública, pues la transparencia en la información no solo construye confianza en la actividad contable, sino que también refleja el compromiso ético y la responsabilidad de quienes ejercen la profesión. Por eso, es esencial que la formación contable y los profesionales de la contabilidad reconozcan, enfrenten y comuniquen los dilemas éticos que encuentran en su práctica, actuando con conciencia, sensibilidad y compromiso hacia los demás y hacia la sociedad.

La sensibilidad, entonces, es también memoria histórica, sentido de comunidad y capacidad de tejer vínculos solidarios y cooperativos, donde el ser humano se reconecta con lo esencial y recuerda la importancia del bien común. Como recuerdan Bauman y Donskis (2015), aún persiste “la esperanza de que en algún lugar aún exista una tierra diferente, capaz de oponerse a la pérdida de sentido, de criterio y, en última instancia, a la ceguera moral” (p. 23). En esa esperanza reside la posibilidad de transformar la educación contable, trascendiendo un ejercicio centrado únicamente en el cálculo y el control, para entrelazarlo a un camino que sostenga la vida y reconecte con nuestra humanidad compartida.

5. Conclusión, un llamado a despertar y reconectar con la vida

Durante mucho tiempo se nos enseñó que ser sensibles era una debilidad, pero he comprendido que, en realidad, es una fortaleza: la capacidad de ver el mundo con otros ojos, llenos de asombro, curiosidad y admiración; eso sí es un verdadero superpoder. La sensibilidad innata del ser humano permite resistir un sistema extractivista y violento que adormece lo humano, recupera la memoria histórica, el sentido de vivir y la capacidad de construir comunidad bajo unos valores que promulguen el existir del otro y la naturaleza.

Sin sensibilidad, no hay vínculo ni reconocimiento del otro, y corremos el riesgo de convertirnos en meros autómatas, siguiendo los preceptos de otros sin cuestionarlos. Por ello, vivir como un ser *sentipensante* implica integrar la razón y la emoción, para permitir que el conocimiento y la acción sea más ética y consciente. Aunque vivimos en una sociedad tecnológica y mercantilista que silencia la curiosidad y la creatividad, esta aproximación sensible se convierte en una herramienta para transformar la educación contable y el mundo que se construye a través de sus representaciones, dignificando la

dimensión ética y humana, la naturaleza y reconociendo nuestra interconexión con la vida.

Solo al reconocerse como seres sensibles es posible transformar las relaciones, las formas de habitar y los sistemas que se han construido. Al recuperar la capacidad de sentir se permite escuchar el cuerpo, atender el dolor compartido, abrirse a la belleza y sabiduría de la naturaleza, y construir relaciones basadas en solidaridad y cuidado; al mismo tiempo, constituye una vía para conocerse a sí mismo. Así que hago un llamado a comprender que el rol del ser humano no es dominar la vida, sino crear en sintonía con ella, potenciando todas sus formas. Solo desde esta sensibilidad profunda y relacional es posible escribir otra historia: una que honre lo humano, lo vivo y la existencia misma.

Hasta aquí, espero haber sembrado una semilla de esperanza y reconexión consigo mismo, con los demás y con la vida, pues al final somos parte del engranaje de la vida y, al mismo tiempo, naturaleza. Tener la capacidad de percibir y permitir ser influenciado nos constituye como seres humanos, a lo que son invitados a vivir con sentido, a apreciar la existencia en este mundo con ojos de niño y a disfrutar cada instante con calma, sin dejarnos arrastrar por la inmediatez que nos desconecta de lo esencial. Vivir de manera consciente, sensible y conectada con la vida, valorando los momentos y procesos, es, en definitiva, vivir plenamente.

6. Bibliografía.

- Ángel-Maya, A. (2013). *El Reto de la Vida. Ecosistema y Cultura. Una Introducción al Estudio del Medio Ambiente* (2nda ed.).
- Ardila-Cuiza, S. (2019). La soledad del Contador Público: una aproximación reflexiva y vivencial desde el miedo y el agotamiento. *Contaduría Universidad de Antioquia*, 75, 183-199. Doi: <https://doi.org/10.17533/udea.rc.n75a08>
- Bauman, Z. & Donskis, L. (2015). *Ceguera moral. La pérdida de sensibilidad en la modernidad líquida*. Barcelona: Paidós.
- Capra, F. (1992). *El punto crucial: ciencia, sociedad y cultura naciente* (G. de Ruiz, Trans.). Editorial Troquel S. A. (Obra original publicada en 1982).
- Cruz Kronfly, F. (s.f.). ¿Educación para el desarrollo? Ponencia presentada XIII Congreso Nacional de Estudiantes de Contaduría Pública en el Teatro Popular comandante Camilo Torres Restrepo de la Universidad de Antioquia. FENECOP.
- Escobar, A. (2007). *La invención del Tercer Mundo Construcción y deconstrucción del desarrollo* (1era ed.). Fundación Editorial el perro y la rana.
- Escobar, A. (2014). *Sentipensar con la tierra: nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*. Ediciones UNAULA.
- Feo Istúriz, O., Rodrigues, A. M., Saavedra, F., Quintana, J., & Alcalá, P. (2020). *Crisis civilizatoria: Impactos sobre la salud y la vida* (Dossier de salud internacional

- Sur-Sur, No. 6). FLACSO República Dominicana; IDEP Salud.
<https://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/gt/20201106101258/VI-Dossier-GT-SISS-2020.pdf>
- Gómez-Villegas, M. (2006). Una reflexión sobre la contabilidad como racionalidad instrumental en el capitalismo. *Contaduría Universidad de Antioquia*, (49), 87–94.
- Gómez-Villegas, M. (2009). Los informes contables externos y la legitimidad organizacional con el entorno: estudio de un caso en Colombia. *Innovar*, 19(34), 147-166.
- Lander, E. (2020). La crisis terminal del patrón civilizatorio de la modernidad colonial. En *Crisis civilizatoria: experiencias de los gobiernos progresistas y debate en la izquierda latinoamericana* (pp. 14–57). Bielefeld University Press.
<https://doi.org/10.1515/9783839448892-002>
- Larrinaga, C., & Carrasco, F. (1996). El poder constitutivo de la contabilidad: consideraciones sobre la cuestión medioambiental. En *Ensayos sobre contabilidad y economía: en homenaje al profesor Ángel Sáez Torrecilla* (pp. 65–84). Instituto de Contabilidad y Auditoría de Cuentas.
- Maturana, H. & Varela, F. (2003). *El árbol del conocimiento. Las bases biológicas del entendimiento humano* (1era ed.). Editorial Lumen.
- McPhail, K. (1999). La amenaza de los contadores éticos: Una aplicación del concepto de ética de Foucault a la educación contable y algunos pensamientos sobre el educar éticamente para los otros (S. A. Mantilla B., Trad.). *Critical Perspectives on Accounting*, 10(6), 833–866.
- Noguera, A. P., Ramírez, L., & Echeverri, S. M. (2020). Métodoestesis: Los caminos del sentir en los saberes de la tierra. Una aventura geo-epistémica en clave Sur. *Revista de Investigación Agraria y Ambiental*, 11(3, número especial), 45–63.
- Ospina, W. (2018). *El taller, el templo y el hogar* (1era ed.). Penguin Random House Grupo Editorial.
- Pulido Parra, J., & Zambrano Rodríguez, M. (2022). La necesidad en el plan de estudios contable de una contabilidad para la sustentabilidad de la vida. Estudio de caso. *Revista de jóvenes investigadores Ad Valorem*, 5(2), 92-112.
- Rodríguez Chacón, M. V. (2017). Una narración sobre la “sensibilidad literaria”, urgente y necesaria para la formación, en especial, en Contabilidad. *Adversia*, (18), 1–16. <https://revistas.udea.edu.co/index.php/adversia/article/view/327382>
- Rojas-Rojas, W., Ospina-Zapata, C. M., Cardona, J. D., Ocampo-Salazar, C. A., & García, D. (2021). Perspectivas para la reconceptualización de la contabilidad

en el marco de las necesidades humanas. Innovar, 31(82), 223-244.

<https://revistas.unal.edu.co/index.php/innovar/article/view/98424>

Villa Holguín, E. (2019). Sentir, pensar, actuar, camino del científico social: Fals Borda y la construcción del sujeto de la transformación. Revista Kavilando, 11(2), 455–463. <https://ojs.kavilando.org/index.php/kavilando/article/view/360>

PRE PRINT